

mo había elegido varios años antes, se lee esta inscripción estoica:

¡Ama y confórmate!

Y ahora, en último análisis ¿cuál es la solvencia intelectual y la ubicación psicológica de Amiel, el Hamlet ginebrino, como le llama Rodó? ¿Nos encontramos frente a un hombre normal con todas sus virtudes y todos sus defectos, o por sus taras mórbidas debe incluirse en los lindes de la patología?

En mi sentir, Amiel padecía una psico-neurosis sexual. La herencia y el medio incidieron coercitivamente sobre el desarrollo normal de su personalidad psíquica, trayendo como consecuencia inevitable, una alteración en su proceso evolutivo de madurez sexual. Y eso, sin aceptar en absoluto el postulado psicoanalítico que niega la posibilidad de una neurosis dada una vida sexual normal, pero compartiendo el criterio científico confirmado por la experiencia objetiva, que en el fondo de toda neurosis no hay sino un deseo sexual insatisfecho o defectuosamente satisfecho.

Algunos autores consideran a Amiel como un paranoico; otros descubren en él un temperamento esquizoide; Brunetiere lo llama falso soñador; para Paul Bourget fué una víctima del aprendizaje alemán; enfermo del ideal para Scherer; imaginativo puro para Dupré; Unamuno lo ubica entre los grandes torturados de la humanidad. Ramón Pérez de Ayala hace referencia a su infatigable anhelo de crear y a su vida dolorosa y estéril; para Salvador de Madariaga, Amiel, como escritor, pertenece apenas a la literatura. Como creador, no existe. Como personaje, sería inmortal, si por haber existido en carne y hueso no fuera tan mortal como todos nosotros. Ernesto Renán lo considera un *raté*, que en lugar de dudar de la vida y malgastarla en la confección de un diario íntimo, debió tomar el azadón y ponerse a trabajar. "Si M. Berthelot tuviese cien vidas, no dedicaría ni una sola a hablar de él".

Injusto por demás e impropio el juicio del sabio filólogo francés. En Amiel se cumplía con rigor inflexible, la ley de hacer lo que se puede y no lo que se quiere. No es